

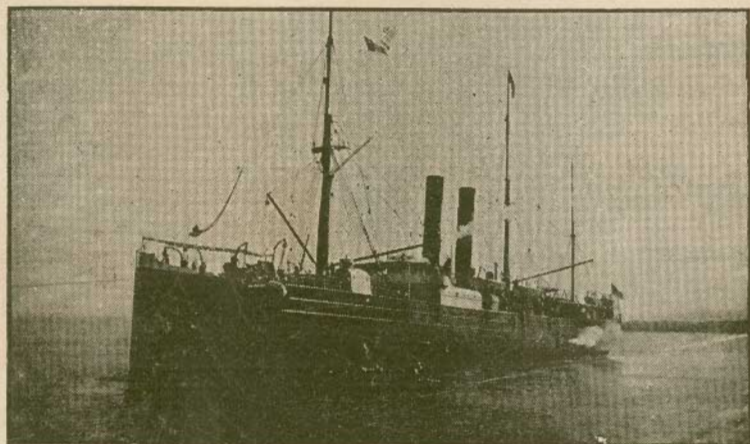
Páginas & Ilustradas



este año
yo
tomo
in cargo
de la
empresa
FRANCIS

UNITED FRUIT COMPANY

LÍNEA DE VAPORES



La United Fruit Co. ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

Vapores Cartago, Parismina y Heredia

de 5000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así:— Entre Limón (Costa Rica) y Colón (Panamá) todos los miércoles á las 9 p. m., haciendo buenas conexiones con vapores para Kingston (Jamaica) y Santa Marta (Colombia). El mismo vapor regresará de Colón con escala en Bocas del Toro. Entre Limón y New Orleans, con escala en Puerto Barrios (Guatemala) cada sábado en la noche.

Vapores Limón, San José y España

de 3300 toneladas cada uno, servicio semanal entre Limón y Boston. Salen de Limón los domingos.

Para más informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company en San José ó Limón y á los Sub-Agentes Sasso & Pirie, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador

1.º de Enero de 1911 - Junio 1911

☞ Páginas Ilustradas

Revista · Semanal



San José, Costa Rica
☞ ☞ América Central ☞ ☞
Fundador y Propietario:
Próspero Calderón
Editor y Admor.:
Francisco Calderón

Año VII ☞ N.º 265

VIII

☞ Año Nuevo ☞

Entra PÁGINAS ILUSTRADAS, con el presente número, en el octavo año de su vida. Lo que ello significa, lo saben todos cuantos conocen las dificultades de diverso género que entre nosotros hacen del sostenimiento de una empresa de esta clase un verdadero martirologio.

Pero si en su camino ha encontrado esta Revista algunas amarguras por odios gratuitos é inmotivadas injusticias producidas, no le han faltado también las legítimas satisfacciones que procura el ver el propio esfuerzo alentado por el

aplauzo y adhesión de las almas generosas.

Empresa exclusivamente de arte, no le produce PÁGINAS ILUSTRADAS á su propietario ganancia alguna material. Pero le basta la consideración de que sirve á su patria en una de las actividades más nobles y desinteresadas.

A todos los que en una ú otra forma favorecen esta Revista, sinceros votos de cumplida felicidad en el año que hoy empieza. Y para el amigo Calderón ausente, un recuerdo de cariño.



Año Nuevo

Nos ha traído el alba en sus alitas rosadas y frescas un enjambre de mariposas blancas. Son amables mensajeras de la amistad y hablan de dicha, en el dulce idioma del cariño. ¡Gracias!

Cada tarjeta de estas nos recuerdan un ser querido ó estimado.

La circunstancia de estar en tierra extraña, hace que las recibamos con más gusto; es tan grato saber que no estamos solos:

Por un raro convencionalismo se celebra el año nuevo con regocijo—Ninguno piensa que es un año de menos, que cada primero de enero damos un paso hacia el triste á ineludible fin. El año nuevo trae la mochila repleta de canas y de arrugas—Es ladrón de dientes y encorvador de espaldas y sin embargo celebramos su llegada con alegría.

Obrando con justicia sólo á los presos debiéramos felicitar; á ellos cada año nuevo los acerca á la libertad, á la grata y dulcísima libertad—Los demás nos reímos porque sí, por capricho, pero en el fondo esa risa tiene algo de negro y de falso.

Pongámonos también la goretá.

Feliz año nuevo!

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.**Últimos días de Cartago***Continuación*

XV

Para terminar esta primera serie del artículo y dar principio á una nueva que se concretará de preferencia á la descripción é historia de los principales edificios arruinados, de los proyectos de reconstrucción, del estado de sitio y de muchos otros detalles que importa conocer, transcribo á continuación los principales párrafos de una extensa carta que se ha servido enviarme el modesto, honrado y lobarioso obrero don Gabriel Molina.

—«Espero que no volveremos á presenciar otra desgracia igual á la de aquella noche negra y fría del 4 de mayo, y menos quien como yo tuvo que lamentar la irreponible pérdida de una madre, toda amor y toda ternura y por cuya tranquilidad se me hacían gratas hasta las más rudas horas de constante trabajo.

En momentos del sacudión, yo estaba en el despacho de la cantina de mi involuible amigo y patrón don Francisco Laporte (q. e. p. d.), y salí á todo escape siéndome difícil llegar al centro del salón, porque lo andaba y lo desandaba, según era el movimiento de la tierra, y mientras tanto se desprendió un marco de puerta y me cayó encima, de medio lado, y allí me quedé, con esperanza de salvarme, pues todo se volcaba y se hacía pedazos con gran estruendo; vidrieras, botellas, estantería y fragmentos de calicanto de las paredes. El techo de esta sólida casa no se hundió. Yo creí que el mundo entero se había concluído, y cuando calmó un poco el temblor, salí despavorido á la calle; Ay!

dí gracias á Dios de que me había salvado pero sí me encontré casi sin camisa, bañado en sangre y ahogándome por la nube de polvo que se levantó de todas partes. Encontré á don Chico y familia vivos, hechos un puño, abrazados, y dando gritos de misericordia la esposa y los hijos, y procurando consolar al jefe de la casa, que no cesaba de repetir: ¡todo se ha concluído, todo se ha concluído! La muerte de don Francisco, acaecida no há mucho se debe sin duda á su fuerte impresión y á sus pérdidas en una edad bastante avanzada, y cuando ya sus fuerzas estaban muy gastadas para emprender de nuevo la tarea.

Cuando me reanimé un poco salí en carrera, con dirección á mi casa que estaba á más de 800 varas, detrás de *La Soledad*, sin sombrero y cobijado con un delantal, enredándome en los alambres y tropezando con toda clase de escombros, pero con la fe viva de que encontraría salvos á mi madre y á mi hermana. Llegué á la casa, difícil de reconocer en la oscuridad y por ser todo aquel lado una confusión de ruinas, y ¡qué desolación! no poder saber dónde estaría mi querida madre. Me detuve para oír alguna cosa, y sólo reinaba en aquel lugar un profundo silencio. Al rato percibí unos ¡ayes! en la casa siguiente y me dirigí á allí: encontré al italiano Juan Sbrabati, socorriendo á Rafael S. Jiménez, que tenía una pierna prensada por una solera, y le ayudé como pude, en la esperanza de encontrar salva á mi familia. En se-

guida llegó llorando la esposa del señor Jiménez, y nos dijo que también la madre de ella, junto con un niño de *Sinfrosa* y una niña de Sbrabati estaban aterrados. Esta señora me dió algún consuelo al comunicarme que momentos antes del terremoto, habían estado conversando las *dos viejitas* en la puerta de mi casa, sobre el gran miedo que tenían por haber temblado tanto ese día; y que mi mamá estaba en una de las gradas de la puerta, cobijada con una toalla; y que luego se despidieron, quedando mi madre en la posición indicada, y la de ella, en donde nos señalaba que podía estar. Oídas esas palabras consoladoras de la señora Anita A. de Jiménez, recordé que frente á La Soledad tenía un ranchito una familia Navarro, muy amiga de la mía, y supuse que por haber estado mi madre tan inmediata á la calle, habría tenido tiempo de huir para refugiarse. Llegué y de pronto se abrazó á mi cuello mi hermana, llorando con desesperación.— ¡Gracias á Dios! le dije, que te has salvado y ¿mi madre?—No sé de ella, me contestó; y juntos confundimos en aquella angustia nuestras lágrimas, porque tuve un triste presentimiento.

— ¿Dónde se encontraban Uds. en el instante del sacudión?—Yo estaba con mamita sentada en las gradas, y á poquito de estar con ella, se me ocurrió entrar con mil miedos á la cocina y traerle una taza de café, y estaba apenas tomándoselo, cuando se sintió el horrible meneón. Yo, aterrada corrí desatinadamente y cuando ya me había alejado á cierta distancia, me detuve, y no la ví, ni supe para dónde cogió. Esta nueva noticia alivió un poco mi congoja, y me dije: ¡puede haberse salvado, y talvez haya tiempo de socorrerla! Regresé con toda precipitación á contarle lo que me ocurría á mi inolvidable *don Chico*, brazo derecho mío, y que fué más que un amigo, un padre á quien siempre tendré que llorar. ¡Dios lo tenga en el cielo! No lo encontré

en el mismo lugar donde lo dejé antes, sino frente al Hotel Francés, abrazado con toda su familia. Sus palabras me dieron aliento, y á continuación volví á los alrededores de La Soledad por ver si alguien me daba razón de mi madre, y nadie absolutamente me ofrecía la menor noticia. ¡Oh noche de tan tristes recuerdos, en que no se oía ni se veía más que lo que tantas veces se ha referido!

Cansado y abatido me metí otra vez al rancho de la familia Navarro, donde determiné pasar el resto de la noche con otros vecinos: unos llorábamos, otros rezaban, y á cada temblor todos nos estremecíamos de miedo. Como á las 5 de la mañana, hora en que principiaba á haber claridad, me trasladé con mi hermana á registrar los escombros, cuando, ¡oh desengaño! me da un grito doloroso ella, diciéndome al mismo tiempo: *¡aquí está aterrada!* Efectivamente allí estaba, un poco fuera del cordón de la acera, pero no asomaba más que una pequeña parte de la cabeza. Con toda diligencia y cuidado fuí quitándole los grandes adobes que la cubrían; estaba boca abajo entre un charco de sangre, y hacia las caderas estaba prensada por el alero de la casa. Mi amor de hijo me impide decir cómo tenía la cara, los brazos y el cuerpo: había sido una verdadera mártir, y presumo que murió instantáneamente por que muchas veces en la noche anduve para allá y para acá, y no oí ni siquiera un gemido.

¡Oh tormento que llevaré siempre en el corazón!

En el mismo sitio donde la desaterré, la dejé tapada con una tabla, al cuidado de mi hermana, mientras yo iba á conseguir un ataúd, y con dificultades y súplicas logré obtener uno, toscamente hecho, y sin tapa. Sobre la marcha traté de buscar una sábana y tuve la dicha de encontrar á don Salomón Sauma, quien, conmovido de mi situación, se entró á su tienda en ruinas,

sacó una pieza de lino, y me regaló un corte para amortajar á mi madre. Siempre recordaré con cariño tan oportuno servicio. Volví pronto al sitio en que yacía el venerado cadáver, y en compañía de un hombre caritativo lo envolví y lo puse en el cajón. Solicité el auxilio de otras cuatro personas para que me ayudasen á llevarlo al panteón, pero ignoraba que había orden de conducir antes los muertos á la plaza del Cuartel, no sé con que objeto. Tuvimos que ir primero á aquel lugar y daba horror ver cómo estaba la tendada de muertos, los zopilotes sobre las ruinas del Cuartel, y un carnicero desguazando al lado una res, para distribuirla á la gente que pedía un pedazo de carne, que los empleados partían, talvez en el mismo punto de donde se acababa de levantar un muerto; pero así se lo disputaba el primero que podía, y salía muy contento. A poco rato se dió la orden de llevar los cadáveres al panteón, y el Coronel López tuvo la atención de darme cuatro hombres para el entierro. Partía el corazón ver cómo iba por la larga calle la mayor parte de las víctimas. Llegué con mi querida carga á su destino, y le pedí al pantionero una fosa, pero me fué imposible conseguirla. Entonces me resolví, á pesar de mi casancio, á hacerle

á mi madre una sepultura separada, con auxilio de otro hombre, y no pudimos darle al hueco más que dos varas de fondo, por lo mucho que temblaba y por el peligro de quedar también nosotros enterrados allí.

Cerrando eché la última mirada á aquellos restos; el llanto bañó de nuevo mis mejillas; y en mi desesperación me lamentaba de no haber sido yo también muerto, al reflexionar que mi pérdida era irreparable. Jamás se despintarán de mi mente, don Ramón, los recuerdos, de tanta cosa triste, y puede Ud. creer que me he tenido que sobreponer para complacerlo, porque esta misma carta va humedecida por mis lágrimas.

Cumplido aquel último deber de hijo, me retiré de la sepultura hacia el zanjón en que iban depositando aquella mortandad de gente, unos sobre otros, de cualquier modo, sin más doliente ni más nada. Y entonces tuve como un desahogo del alma, y me sentí ya más conforme con mi desgracia, al ver que había hecho por mi buena madre, que Dios tenga en su gloria, cuanto humanamente era posible, y al presenciar lo que se estaba haciendo allí con los demás.

Gabriel Molina"

Pensamiento

Para Eva

Puso Dios en el cielo los luceros,
en los campos verdores y quietud:
dió aromas á la flor, al mar veneros,
y á la mujer bellezas y virtud.

Más pura que las luces de los cielos,
más bella que las flores del Edén
es la mujer que funda sus anhelos
en practicar el bien.

C. GAGINI

Heredia.

Castigo!

Para M. I. D.

Del plácido jardín de mis amores,
seguro de tu amor y tu constancia,
puse á tus plantas la de más fragancia,
la más hermosa de mis pobres flores,
y á mí en cambio, mujer, tú que me diste?

La punzante injusticia de tu olvido,
que lastimó mi corazón herido
que hoy llora mudo, solitario y triste!

C.

El alerta de la raza

(Leída en los salones del Club "Alfonso XIII", de San José de Costa Rica,
la noche del 26 de Diciembre de 1910)

SEÑORES:

Ante todo, gracias por prestarme tribuna. Gracias por dejarme decir, ante la cultura de vuestros cerebros y ante la nobleza de vuestros corazones, lo que no pude decirle a mi patria, porque ante el eco de mi voz sincera, alzaronse las murallas del silencio, y se abrieron las puertas del destierro.

Voy a hablaros de nuestra actitud de vencidos frente a la arrogancia de los vencedores del Norte. Voy a hablaros de la América Latina, a vosotros, latino-americanos; de la América Latina, cogida ya de las muñecas por la América Sajona; de la América Latina, desmenuzada en pueblos, fragmentada en repúblicas, incapaces, como un desbandado palomar, de hacer frente a la uña corva y al pico lacerante del milano.

No es una conferencia lo que estáis oyendo esta noche por mis labios. No es la voz sabia y docente de la cátedra: es la voz alterada del vigía que anuncia el huracán. Es una lira con explosiones de tormento; es un trueno con todos los ritos de una lira. Es un grito que lleva consigo la música del canto enredada en las crines de la angustia. El grito santo y conmovido del bardo, que aspira, como trompa ar-

cangélica, a hacer que cesen las anquilosis de la América Hispana, y surja del sepulcro el hosanna glorioso de las resurrecciones.

No es el odio malsano quien inspira mis frases. Yo no conozco ese odio. Ni para los hombres; ni menos aún para los pueblos.

El odio es escamoso, y va arrastrándose.

Mi alma está envuelta en el velo del ensueño; y el ensueño tiene alas!

Las alas del Ideal están muy lejos de las escamas de la vívora. Aquellas navegan en el éter, y son compañeras de la estrella. Estas se arrastran en el fango, y son las hermanas del pantano.

Mi alma está hecha para el amor, como las aves para el canto.

Si el odio es el veneno, el amor es el trino de las almas.

Yo no aborrezco a los Estados Unidos: yo execro la invasión.

Al hablaros, no es el odio, es el amor quien habla. Es el amor del hijo por su madre la Raza.

* * *

Hace apenas tres años, una casa editorial de Francia, daba al mundo, en las páginas de un libro, un trozo de mi alma lírica. Y en el prólogo, el gran cincelador de pro-

testas, que es José María Vargas Vila, dejó escapar estas frases, que pesan sobre la raza de Pelayo en el mundo de Colón como una horrenda pesadilla profética:

"En las convulsiones de la hora presente, en esta hora bestial que llamaremos en América la *rooseveltiana*, un libro de belleza como éste, es un rosal nacido en los escombros."

"La taciturna y divina idealidad de sus cantos viene á llenar de armonías este instante brutal, lleno de los relinchos de la fuerza."

"El alma latina tiembla, en América, ante las zarpas de la bestia blonda, de que hablaba Nietzsche."

"Y este libro, llamado á probar la supremacía mental de nuestra raza, aparece en esta hora de absoluto vencimiento."

Y las zarpas profetizadas por aquella angustiada voz latina, han empezado ya, señores, á desgarrar la entraña de la India de los Lagos. Como están desgarrando á Panamá; como desgarran el corazón de las Antillas; como desgarrarán á todo el Continente, si no fortalecemos el querer en los gimnasios de la voluntad, si no apagamos la chispa de los celos recíprocos, si no espantamos al lobo compactando el rebaño, y si, llegado el caso, en que el derecho muscular de la conquista deba prevalecer sobre la conquista espiritual del derecho, no surgen Saguntos y Numancias que sepan escribir en el libro de los sacrificios épicos la última protesta de los pueblos libres, y hacer que canten las lenguas escarlatas de la llama, el himno trágico de la dignidad de una raza!

Sí, hermanos que vivís desde el río Grande del Norte, hasta los confines patagones, estamos ya en la hora suprema de las grandes catástrofes! Alzaos de ese tálamo capuano en que dormís vuestro egoísmo ó vuestra indolencia!

Aun podéis domeñar los ímpetus de la devastación!

No os intimide la palabra *locura* con que intentan apagar nobles ímpetus las almas que nacen de rodillas. Recorred en la historia el trenzado glorioso de los mirtos triunfales sobre la frente de las locuras divinas y heroicas. La locura de Colón tuvo en su vientre la gestación de un mundo; la locura de Cortés cinceló la diadema de un imperio; la locura de Pelayo reedificó una patria; la locura de Cristo todavía restaña las heridas del alma, después de veinte siglos; y es chispa de toda fé extinguida y aliento de toda conciencia que se apaga!

Poned al fuego, hermanos, el acero de vuestra atávica locura, hasta que llegue al rojo!

Tirad con asco esas córduras con librea!

Levantad vuestros brazos, y oponed al avance asolador una red infranqueable de heroicas musculaturas!

Abrid los viejos cofres de la raza, y apurad en frasco ibérico ó en ánfora latina el elixir de las sublimidades. Calzaos la coraza del Mio Cid, empuñad el estoque de Guzmán el Bueno, ponedle mecha al polvorín de Ricaúrte! Y haced que explote sobre los imperialismos mecánicos del dollar, circundada de bíblicas espumas, la catarata de vuestros entusiasmos!



Licdo. don Máximo Fernández

Procedente de Europa y de los Estados Unidos de la América del Norte llegó á esta tierra de sus afectos el Licenciado don Máximo Fernández, quien acaba de llevar á feliz término—juzgándolo á priori y por los pocos pero importantes detalles que por la prensa capitolina hemos obtenido—el más trascendental y difícil de nuestros asuntos económico-internacionales.

Bienvenido sea y ojalá que su patriótica y desinteresada labor abunde en beneficios para este suelo querido y para el Gobierno que tuvo el acierto de poner en sus manos el delicado problema de recuperar nuestro perdido crédito exterior.

PAGINAS ILUSTRADAS se honra publicando hoy el retrato del Licenciado Fernández á quien presenta, con su afectuoso saludo, el merecido homenaje de sus respetos.



Las Orquídeas

Anforas de cristal, airosas galas
de enigmáticas formas sorprendentes,
diademas propias de apolíneas frentes,
adornos dignos de fastuosas salas.

En los nudos de un tronco hacen escalas
y ensortijan sus tallos de serpientes,
hasta quedar en la altitud pendientes
á manera de pájaros sin alas.

Tristes como cabezas pensativas,
brotan ellas, sin torpes ligaduras
de tierna raíz, libres y altivas:

Porque también con lo mezquino en guerra,
quieren vivir, como las almas puras,
sin un solo contacto con la tierra...

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Su corsé

Corrido el cortinaje
desde el balcón de enfrente vi tu cuarto,
el nido de la alondra que mi sueño
arrulla en las mañanas con su canto.
Jarrones de Sajonia descansaban
sobre consolas de bruñido mármol;
y de sol que moría,
los postrimeros rayos
hacían resaltar en la penumbra
las doradas molduras de los cuadros,
las lámparas de bronce,
los ricos muebles de nogal tallado,
las cortinas del lecho y en el muro
los brillantes espejos venecianos.

Y en su rojo sillón que parecía
á su dueña esperar, medio borrado
por la naciente sombra,
se veía un corsé de blanco raso.

Y pensé entonces en la frente pálida,
y en los risueños labios,
en los azules ojos,
y en los cabellos áureos,
en las cinturas breves, cimbradoras,
y en los ebúrneos brazos,
en el velo flotante de las novias,
y de las niñas en los sueños castos,
en las vírgenes carnes sonrosadas
y en los púdicos senos de alabastro.

¡Quién fuera tu corsé, me dije entonces,
quién fuera tu corsé, de blanco raso,
para saber si late,
si late aún tu corazón ingrato!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

AMIGO DEL PRESIDENTE

Del libro "Dulce Tierra" "

Qué terrible hombre era aquel señor don Bruno, jefe de la oficina en donde yo trabajaba! Si aún me parece verle deslizarse por ahí, con su paso menudo y grácil.

Parecía el genio protector de los viejos folios! En su rostro color de hoja seca, impregnado de una tristeza constante, fulgían sus ojos redondos, notándose en su mirada indecisa la misma vacuidad de un ídolo oriental.

Era don Bruno la viva representación de la severidad, y en su puesto, no permitía jamás que saliera de la oficina ninguno de sus subalternos. No había ruego que hablara á semejante hombre, esclavo de la disciplina.

—Una imperiosa necesidad me obliga á salir.

—Don Bruno—tengo que llegar á la casa de un médico.

A diario escuchábanse tales ruegos; pero nuestro director, impasible como una esfinge, ni siquiera contestaba. Las súplicas no hacían mella en su corazón de pedernal. Era, ni más ni menos, como echar agua en una plancha de mármol. No transigía jamás.

Yo me pasaba las horas rumiando mil proyectos á fin de burlar la vigilancia de don Bruno; pero no encontraba medio adecuado para escurrir el bulto.

Como un animal bravío revolviame en mi pupitre de trabajo, pensando que á esa hora— las dos de la tarde—mi DULCÍSIMO TORMENTO, la que me había sorbido los

sesos y hechóme presa en la red del amor, debía estar en las tiendas, haciendo compras en los grandes almacenes. ¡Y perdía la ocasión de reanudar el triunfal idilio por la culpa de aquel bibliófilo vejarrón! En mi fuero interno fulminaba encendidos apóstrofes contra tamaño verdugo, y recluido en la oficina barbotaba insultos contra semejante potestad infernal.

Pasaban los días sin que aquella momia escapada de tierra de Sesotris se ablandara...

En una ocasión, mientras don Ricardo Jiménez—nuestro querido y respetado profesor de Derecho Civil—nos explicaba algunos artículos del Código, con su voz armoniosa y sugestiva—yo —en voz baja, que apenas se oía sostuve un diálogo con Piquín Martín. Le narré las torturas á que me había condenado el avieso cancerbero de la oficina, y pedile su ayuda. Desde aquel momento Piquín, que siempre se dormía en clase, apareció despabilado sin pizca de modorra. Pasó la hora y varios de mis condiscípulos reuniéronse á fin de discutir el caso. Anderson, el más belicoso é impulsivo, hizo moción para que lincháramos á don Bruno. Alejandro Alvarado, estudiante apacible y de clarísimo ingenio, optó porque ejercitáramos una hábil estratagema. En fin, se hizo un análisis de la situación y yo indiqué la necesidad de consultar aquel espinoso asunto con Alberto Gallegos.

—¡¡Guerra á don Bruno!!

—¡Ha querido matar el Ideal!!

—Debemos reivindicar los fueros del Ensueño!!

Esto dijeron mis condiscípulos,

y marchéme esa tarde á la oficina muy animado, pues tenía fé en que algo imprevisto pasaría.

A las 3 p. m. apareció frente á mi pupitre de trabajo, don Bruno. Semejaba su cabeza un coco seco engastado sobre un tronco leñoso, y su rostro cetrino era presa de una viva emoción.

—Qué sucede don Bruno?

—Acaba de llegar el tío Reyes.

—Quién es él?

—El portero del Palacio.

—Y qué dice?

—Su Excelencia, el Presidente de la República ordena que vaya usted á su despacho inmediatamente.

—A esta hora no se puede salir de la Biblioteca. Son órdenes suyas.

—Calle! Tratándose del Presidente, debe quebrantarse el reglamento.

No me hice repetir la orden. Cogí mi sombrero, y en dos saltos bajé la escalera. En la calle me esperaba Piquín y TUTTI QUANTI. ¡Casi se reventaban de risa! La estratagemma había dado admirable resultado, y el tío Reyes había sido factor principal en la aventura mediante la vil pecunia.

Demás está referir que diez minutos después estaba yo en sabroso párrafo con ELLA...

Desde aquel día me convertí en supremo dictador de la Biblioteca Nacional.

El tío Reyes llegaba frecuentemente á LLAMARME de parte de don José Rodríguez, Presidente Constitucional de Costa Rica en esa época...

—Que lo necesitan para un negocio urgente.

—Que lo esperan á comer esta tarde.

—Que desea S. E. que lo acompañe á Cartago.

Y diariamente repetíase la comedia, y el simple de don Bruno, sin sospechar la trama, se convenció de que la unión de Cástor y Pólux fué nada si se ponía en parangón con la amistad que me unía al jefe del Ejecutivo costarricense.

Hubo ocasión en que tomé vacaciones durante quince días, sin obtener la correspondiente licencia de mi jefe. Mis cofrades de oficina quedábanse admirados cuando al retornar recibíame don Bruno con muestras de íntima satisfacción. La preferencia era muy marcada; y cierto día protestaron delante de don Bruno. Dijéronle que conmigo era dulce como un alfeñique y que con ellos mostrábase hosco y huraño, amargo como el acíbar; y que yo, sin ton ni son, iba y salía de la oficina, sin pedir permiso á nadie y con aires de gran personaje.

No dejó que concluyeran los quejosos; y agitado por la cólera, cerrando los ojos—que era en él señal inequívoca de gran disgusto—mandóles que se quitaran de su presencia.

Después volvióse hacia mí y con cierta lástima, díjome:

—¡Menguados! No saben ellos que es usted amigo del Presidente!

S. CALDERON RAMÍREZ

ENRIQUE BENAVIDES

Su zapatería, acreditada por su excelente material y fina confección, ofrece á su numerosa clientela grandes novedades en el ramo.

Panaderías Cubanas La Habanera

— Y —
La Espiga de Oro
— DE —

José María Odio G.

En esas acreditadas panaderías obtiene el cliente buen pan y trato fino de los dependientes.

Una visita os convencerá.

Bruxeles, Belgique.

26 Rue de Parme.

Señoritas Mennig

Pensión para señoritas que deseen aprender Francés, Música, Pintura, Corte, Costura, arreglo de Sombreros, etc.

DIPLOMA OFICIAL

**Altas Referencias
Precios Moderados**

La oficina de

PÁGINAS ILUSTRADAS

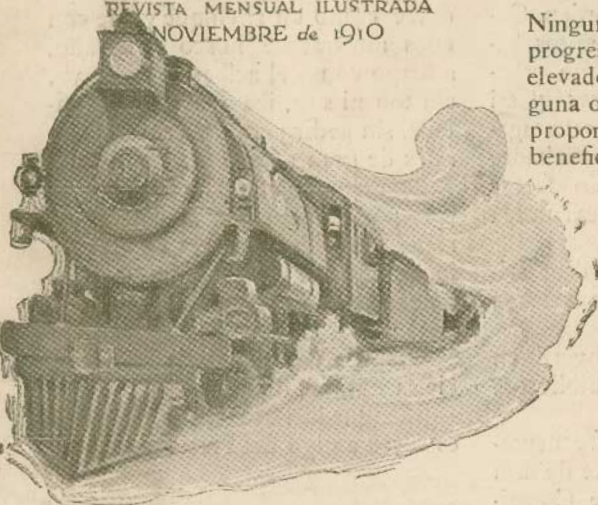
estará abierta diariamente:

de 7 á 8 y de 11 á 12 m. y de 5 á 9 p. m.

La Correspondencia debe dirigirse al Administrador.

AMÉRICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
NOVIEMBRE de 1910



Símbolo de Progreso

Ninguna otra revista española es tan progresista ni tiene ideales tan elevados como AMÉRICA. Ninguna otra revista en español podrá proporcionarle el placer y recreo beneficioso que recibirá Vd. de AMÉRICA.

Compre el último número en una librería. Números sueltos se hallan á la venta en las principales librerías, kioscos y establecimientos en que se venden publicaciones, á 20 ctvos. oro e ejemplar. Compre ahí un número hoy, ó pídale los editores.

The América Company

Metropolitan Tower

New York, E. U. A.